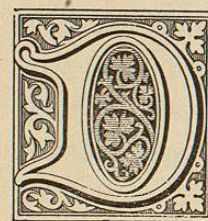


ESPÍRITU DE FE

008633



ESPIRITU DE FE



DESEO hablaros otra vez de la virtud teológica de la fe, y no extrañéis que insista en ello, porque se trata de una virtud excelentísima; se trata de una virtud tan esencial en la vida cristiana, que no puede ser reemplazada por ninguna otra; nada, en efecto, puede sustituirla, ni la intención más recta, ni la más acrisolada virtud moral, ni la ciencia más encumbrada, ni el talento más eminente. Si no tenemos fe, ninguna otra virtud podrá granjearnos la amistad de Dios y el ser contados entre sus hijos (1). A pesar de ello, esta virtud es muy poco conocida y entendida de los fieles cristianos, aunque todos se gloríen de tenerla arraigada en su corazón. Muchos dicen: yo creo en Dios, creo en Jesucristo, creo en su Iglesia, fiel depositaria de las verdades reveladas; pero creen todo esto con fe protestante, con fe muerta, con fe de demonios (2), esto es, con fe que no se

(1) Tobíæ, II, 18; Rom., V, 1-2;
Hebræ., XI, 6.

(2) Jacob., II, 19.

acompaña con la caridad y buenas obras, y esa fe para nada les aprovecha, dice el apóstol Santiago (1). Otros creen y obran, pero obran como si no tuviesen fe; se ejercitan en obras de caridad, de beneficencia, de religión y demás virtudes cristianas; pero si se atiende al modo como las practican y á la intención con que las hacen, quizá lejos de merecer recompensa, sean dignos de castigo; por lo menos los que así obran no lograrán nunca saborear los inestimables frutos vinculados á las obras hechas con viva fe.

¿Puede ocurrir esto también entre vosotras? Aunque no es verosímil, es posible. Veis aquí por qué me siento movido á hablaros otra vez de esta virtud, manantial inagotable de méritos y de actos en cierto modo divinos, como dice el Doctor Angélico (2).

Concretando el asunto, deseo mostraros la necesidad que tenéis y tenemos todos de obrar con «espíritu de fe», para abastecernos de virtudes, para multiplicar los merecimientos, para agradar más á Dios y asegurar la salvación de nuestras almas.

Vivir con «espíritu de fe» entiendo que es vivir tan profundamente convencidos, penetrados y hasta enamorados de las verdades reveladas por Dios, que en todos los actos y circunstancias de la vida pueda decirse de nosotros que la fe en estas verdades es la que nos empuja á obrar; que ella es la que da vida á todas nuestras obras, la que nos alienta en las dificultades, la que nos consuela en nuestras aflicciones y trabajos, la que nos defiende en los peligros y la que da á nuestros corazones íntima confianza en la salvación eterna de nuestras almas. De modo que así como el alma es

(1) Jacob., II, 17.

(2) 2. 2, q. 4, art. 3.

el principio de todos los movimientos del cuerpo, el espíritu de fe es el que debe animar toda la vida sobrenatural, haciendo circular, por así decirlo, en todos nuestros pensamientos, palabras y obras el Espíritu de Jesucristo, y en este sentido dice el Apóstol que *quien no vive animado del Espíritu de Cristo, no le pertenece* (1). Esto es vivir con espíritu de fe.

Además, dícenos San Pablo que *el justo vive de fe* (2), esto es, vive alimentado, sostenido y como engolfado en el piélagos de luz que brota á torrentes de cada una de las verdades que Dios ha revelado. De manera que, así como el mundano vive con los sueños de su ambición y las sombras de la mentira (3); y como el avariento no piensa sino en el oro y en él tiene puesto el corazón, *porque allí está su tesoro* (4); y el traficante apenas come ni descansa y no acierta á hablar sino de sus negocios y todo lo encamina á ellos; así *el justo que vive de fe*, por la fe lo mide todo; á la luz de esta antorcha divina ve las cosas, no como aparecen á los ojos del cuerpo, no como las forjan los sentidos y las pasiones bastardas, sino como son en realidad. Y así, por ejemplo, la honra y el honor por cuya adquisición tantas locuras cometen los mundanos, miradas con esta luz celestial, aparecen como ridícula vanidad. Las riquezas, el oro, la plata, que tanto deslumbran y tanto se codician y que son causa de innumerables injusticias y pecados, para el que vive de fe son cargas, espinas y un peligro constante de perdición eterna (5). ¿Por qué? Porque aprecia todas esas cosas en su justo valor; porque las ve como ellas son, pues las ve con las luces y, por decirlo así, con los ojos de Dios. Esto es vivir de fe,

(1) Rom., VIII, 9.

(2) Habac., II, 4; Rom., I, 17; Galat., III, 11; Hebræ., X, 38.

(3) Psal. IV, 3; Ecclesiast., IV, 8.

(4) Matth., VI, 21; Luc., XIII, 34. Jerem., XLVIII, 7.

(5) Ezech., VII, 19; Eccli., V, 10; Prov., XI, 4-28; Ecclesiast., V, 10; Marc., X, 25; Luc., VIII, 14.

y esa es la vida de los justos; vida de gracia, vida de amor, vida que los amadores del mundo, engolfados en los vicios, no pueden comprender y por eso la desprecian, pero que constituye el secreto de la felicidad de las almas justas que, desprendidas de todo lo terreno, ponen todo su empeño en cumplir la voluntad divina, único camino que conduce al cielo (1).

Quien así vive, nada tiene que temer, porque vive estribando en Cristo (2), *pedra angular* é inmovible (3), contra la cual se estrellarán siempre las potestades del infierno (4). Quien así vive, acomete las más arduas empresas, sin que le arredren las dificultades, porque, á semejanza del Apóstol, sabe que *todo lo puede en Dios* (5). ¿Habéis observado alguna vez cómo los perros de caza, apenas divisan la codiciada presa, emprenden veloz carrera, sin que les arredre lo quebrado del terreno, ni las zarzas, ni los matorrales, ni las piedras, ni obstáculo alguno hasta que logran darla alcance? Pues así también el que vive de fe y por ella vislumbra los esplendores de la gloria venidera, despojado de todo afecto terreno y esperando en Dios, *que salva á los que en Él confían* (6), nada teme, nada le detiene, todo lo sufre, todo lo arrostra, por todo pasa, á trueque de alcanzar *la corona prometida al que venciere* en los recios combates de la vida (7). Leed el «Martirologio Romano», y veréis cuán grande fué la intrepidez y fervor de los primeros cristianos y cuán encendido el deseo de padecer y morir por Cristo, que ellos mismos se ofrecían á los más atroces tormentos, como si se tratara de asistir á un regalado convite; y desafiaban el caba-

(1) Prov., VII, 2; Matth., XIX, 17.
 (2) Philipp., I, 21.
 (3) Isai., XXVIII, 16; Luc., XX, 17; I. Corinth., X, 4; Ephes., II, 20.
 (4) Matth., XVI, 18; Matth., XXI, 44.

(5) Philipp., IV, 13.
 (6) Dan. XIII, 60; Psal. LXXXV, 2.
 (7) Isai., XXVIII, 5; Apocal., VI, 2.

llete, y se reían de las uñas y garfios de hierro, y mostraban tan admirable constancia, que los paganos los acusaban de emplear la magia y de servirse de sortilegios para no sentir los tormentos; y acudían de todas partes á padecer el martirio en tan gran número, que los verdugos, rendidos por el cansancio, veíanse forzados muchas veces á renunciar tan infernal oficio. Decidme: ¿quién logró encender en el corazón de aquellos héroes cristianos tan activo fuego de amor de Dios sino *la fe viva que obra por la caridad*, como dice el Apóstol? (1). La fe les infundió alientos para confesar á Cristo (2); la fe los revistió de fortaleza sobrehumana (3) haciéndolos invencibles y al mismo tiempo vencedores del mundo (4), de la carne y del infierno, y poniéndolos luego en posesión de las divinas recompensas (5).

Y no sólo los mártires, sino también los confesores y las vírgenes y todos los cristianos que aprendieron en la escuela de Cristo que, para atesorar merecimientos y lograr los bienes eternos, debían estar dispuestos, con la gracia de Dios, á resistir todas las tentaciones, á padecer todos los males imaginables y á perder la honra, la fama, las riquezas, la salud y hasta la vida del cuerpo, salieron siempre vencedores en todos los combates (6), y lograron, como los mártires, la corona de la victoria. Por el contrario, los que no viven apercebidos para la defensa con *el escudo de la fe y la armadura de Dios* (7), al verse acometidos por alguna de las tres concupiscencias (8), como no pueden resistir con las solas fuerzas naturales, como les falta el impulso de la fe y el fervor de la caridad, son fácilmente vencidos por ellas y arrastran una vida miserable. *Resistid á vuestros enemigos con la formi-*

(1) Galat., V, 6.
 (2) Apocal., XII, 11.
 (3) Hebræ., XI, 34.
 (4) I. Joann., V, 4.
 (5) Hebræ., XI, 33.

(6) Sapient., IV, 2; Hebræ., X, 32-39.
 (7) Psal. XVII, 40; Ephes., VI, 11.
 (8) I. Joann., II, 16.